

VIAJAR Y ESCRIBIR

Sergio Pitol
Universidad Veracruzana

Días después de recibir la invitación de Julio Ortega para participar en este encuentro de escritores me entretuve en releer un informe bosquejo autobiográfico publicado casi treinta años atrás. Trataba de encontrar en sus páginas huellas de la atmósfera que envolvió los primeros años de mi estancia en Europa. Un conocido editor de la época, don Rafael Giménez Siles, invitó a una docena de jóvenes escritores a publicar el relato de sus vidas. Estaba convencido, al parecer, de que esa acción estimularía a la generación que nos seguía a encontrar su camino hacia la literatura. No estoy seguro de que esas vidas pretendidamente ejemplares hubieran cumplido tal propósito. Me pareció ya entonces, y ahora me resulta patente, que aquel proyecto se columpiaba en el absurdo. Los autores elegidos cursábamos, cual más cual menos, un período de intensa educación sentimental y literaria que en nada se conciliaba con el esfuerzo de rastrear en la memoria e interpretar los signos que regían nuestro destino, menos aún para servir de ejemplo y orientación a los jovencísimos escritores que a su debido momento debían de relevarnos. Escribí aquellos apuntes autobiográficos en Varsovia a principios de 1966. Había salido de México cinco años antes, en el verano de 1961, visitado varios países y prolongado mi residencia sobre todo en dos ciudades, Roma y Varsovia.

Al releer ese texto me encontré de pronto con este interrogante: “¿Por qué siento verdaderos escalofríos cada vez que pienso en regresar a mi país, lo que, como es natural, tendrá que ocurrir, lo quiera yo o no, algún día?” Mencionaba luego las posibles circunstancias que me incitaron a realizar aquel viaje y a

prolongarlo por tiempo indefinido. Comenzaba con un sentimiento de frustración profesional: trabajaba en una editorial donde todos mis proyectos se veían sistemáticamente postergados. Me irritaba, además, advertir que el ejercicio de la literatura y las inevitables rencillas que de él se desprendían encubrían a menudo un marcado desprecio intelectual e insinuaban aspiraciones de poder que poco o nada tenían que ver con las letras. Albergaba, también, sentimientos muy mezclados en torno a los grupos de oposición política, sobre todo los de izquierda, con los que idealmente me sentía identificado pero cuyos propósitos y metas me parecían por lo general muy distantes de cualquier noción de realidad. Sobre todas las cosas, me enfermaba la retórica hueca de los discursos y declaraciones oficiales, así como el conformismo de grandes sectores del país ante la angostura de nuestra vida democrática y el atraso en que se mantenía el país.

Decidí, pues, vender muchos libros y algunos cuadros para costearme el clásico viaje de aprendizaje por algunos de los santuarios imprescindibles de la cultura europea con la sana intención de regresar unos meses después con mi ignorancia atemperada y el ánimo más tranquilo. Sin embargo, el viaje duró casi treinta años, interrumpido sólo por dos estancias relativamente breves en México y uno que otro período de vacaciones.

A bordo del *Marburg*, y a mitad del océano, el boletín de noticias que se nos distribuía a la hora del desayuno anunció que la nave, como todas las unidades de la marina mercante alemana, debería suprimir las escalas consignadas en el itinerario (Le Havre, Amberes, Rotterdam) para dirigirse sin dilación a puertos alemanes, donde recibirían ulteriores instrucciones. Los oficiales, la tripulación, los camareros, los pasajeros alemanes, daban muestras de una excitación que no les habíamos conocido. Nos trataban con una condescendencia desdeñosa. Eran depositarios de secretos que nos concernían pero que, al parecer, les estaba vedado revelar. ¡De repente se habían convertido en nuestros amos! Entre los pasajeros comenzó a circular esa mañana una amplia gama de rumores, todos catastróficos. Estaba a punto de estallar una nueva guerra mundial, fue el primero. Pronto se transformó en otro que daba ya por cierto ese desastre. En menos que canta un gallo la imaginación se había desbarrancado en el delirio. En el transcurso del día se dio como segura una nueva destrucción de Rotterdam; se dijo sucesivamente que en Roma el partido comunista había dado un golpe de Estado y puesto sitio al Vaticano, que el Papa había sido violentamente maltratado al tratar de escapar de la Plaza de San Pedro, que en Zurich, en Frankfurt y en Milán los bancos habían suspendido sus operaciones, que no era Rotterdam la ciudad destruida por las bombas sino Marsella, que no era Marsella sino Nüremberg, que no era Nüremberg, sino siempre sí Rotterdam, que no, desde luego que no, que eran Marsella, Nüremberg y Salerno. En el bar, alrededor de un aparato de radio, grupos de pasajeros permanecían horas enteras tratando de captar las estaciones europeas. Pero ninguna confirmaba las noticias propaladas en el *Marburg*. Se hablaba, eso sí,

de una grave tensión entre los dos estados alemanes, de una división de la capital, lo que a juicio de los más agudos era sólo para contener el pánico de las masas. Después de cenar, el capitán nos reunió para informarnos sobre las razones que habían motivado el cambio de itinerario. Todos tendríamos que desembarcar en Bremerhaven, el puerto cercano a Bremen. La empresa cubriría los pasajes por ferrocarril a los puertos a los que originariamente nos dirigiáramos, si es que para entonces aún trabajaban con normalidad los trenes. La guerra fría, dijo, había dejado de ser tal y nos hallábamos en el umbral de un grave conflicto de consecuencias impredecibles. Los rusos habían levantado en Berlín un muro que dividía en dos la ciudad y convertía en prisioneros a todos los habitantes del sector oriental. Disparaba las frases con una sequedad que de ninguna manera se conciliaba con la profusión de gestos y muecas con que las acompañaba. Se había convertido de pronto en uno de los más torvos personajes del cine expresionista. A cada momento interrumpía su perorata para recibir de manos de los ordenanzas unas tarjetas que, suponíamos, contenían las últimas noticias recibidas en el telégrafo. Después de la lectura de aquellos mensajes sus palabras se volvían más secas, su gesticulación más desahogada; era un muñeco de ventrílocuo cuyos movimientos habían escapado del control de su amo. Yo viajaba con un pasaje de Veracruz a Amberes, ciudad ésta donde debía tomar un ferry para Inglaterra. Si las cosas tomaban su peor cariz, graznó el capitán, y no fuera ya posible salir de Bremen, nos recomendaba ponernos de inmediato en contacto con los representantes consulares de nuestros respectivos países. En el fondo, yo me sentía tan excitado como los oficiales alemanes, tan turbiamente embriagado como ellos. Me regocijaba poder encontrarme en el medio de uno de esos que pueden convertirse en parteaguas de la historia. De ninguna manera se me ocurrió que mi libertad, mucho menos mi vida, pudiesen correr el menor peligro. Por el contrario, en radical oposición a mis ideas pacifistas, consideraba aquella oportunidad como el inicio de una cadena de nuevas y estimulantes experiencias que me arrancaran de la somnolencia en que me parecía haber transcurrido hasta entonces mi vida. Como los alemanes del *Marburg* sentía en mí una carga de energía vivificante. La sesión adquiría a momentos un pathos con pretensiones wagnerianas. Durante los siguientes cuatro o cinco días, los últimos del viaje, las conversaciones fueron más bien melancólicas. Comía con pasajeros belgas y holandeses. El nerviosismo del primer día había desaparecido, ya no circulaban rumores, ya no aventuraban hipótesis; se comportaban con una resignación más de rehenes que de viajeros libres.

Del arribo al puerto alemán recuerdo sobre todo la atareada confusión del desembarco y las dificultades para poder introducir mi equipaje en un vagón atestado que partía rumbo a Holanda. No recibí pasaje para Amberes sino para un pequeño puerto holandés de donde partiría un barco para Dover. Antes de salir de Bremen, visité con un joven matrimonio suizo una magnífica exposición de obras últimas de Picasso. Con la mayor despreocupación abandonamos baúles y maletas en el vestíbulo de una galería absolutamente desierta, y durante

un buen rato recorrimos sus salas sepulcrales. “Sería fácil robarnos algún cuadro”, y por un momento la idea nos trabajó con regocijo. Todo era posible en tiempos de guerra.

El disparador de aquel viaje había sido la lectura de un artículo de Bernard Berenson sobre el legado bizantino en Italia, ilustrado con fotografías, algunas de ellas sorprendentes, sobre todo las del ábside monumental de la catedral de Cefalú, en Sicilia. No obstante, poco antes de partir, decidí suprimir Italia de mi recorrido como reacción a una enconada discusión con mis tías, para quienes Italia era el único faro de luz en el mundo, cuya claridad llegaba hasta su casa para hacerles olvidar la cerrada oscuridad en que creían vegetar en el país de indios donde por azar habían caído. El azar rigió, sobre cualquier otro elemento, mi estancia en el extranjero. Viví, ya lo he dicho, muchos años en Europa, sin embargo nunca llegué a contemplar el ábside bizantino de Cefalú ni la pintura flamenca que pensaba ver en Amberes. Una mañana en París, en los primeros días de agosto de 1961, casi sin darme cuenta, me encontré haciendo cola en el consulado italiano para solicitar visa, y una vez llegado al país que había jurado no pisar no me moví de él durante casi un año.

El preludeo a mi llegada a Europa estuvo marcado por esa profunda perturbación internacional nacida del levantamiento del muro de Berlín. Muchos, importantísimos acontecimientos se sucedieron en los treinta años siguientes, entre otros, al final el derrumbe del tan citado muro, pero jamás fui testigo de ninguno de ellos. O acababan de ocurrir cuando llegaba yo a un determinado lugar, o bien estaban a punto de hacerlo cuando me encontraba a punto de partir. Una única vez me hallé en medio de una revuelta. Fue en Estambul. Viajaba con una señora inglesa y un amigo polaco, tan despistados como yo. De pronto, presenciamos una multitud agitada y vociferante que se desparramaba por las calles y plazas del centro de la ciudad. A cada momento se oía algo parecido a una balacera. A veces, grupos de policías con las armas en la mano detenían nuestro taxi y nos hacían bajar para someternos a un registro corporal bastante minucioso. El chofer se comportaba como si se tratara de una simpática práctica de rutina. No había que tomar en serio esos incidentes, nos pedía con sonrisa tranquilizante. En los restaurantes, los meseros bajaban deprisa las persianas metálicas y durante un buen rato permanecíamos encerrados, oyendo los golpes en la puerta y los gritos procedentes del exterior. El jefe de meseros se acercaba a la mesa con una sonrisa radiante. No ocurría nada, juegos de muchachos, fiestas, alegría, todo estaba en orden. Lo mismo nos pasó en tiendas, en el gran bazar, en los museos. Regocijo, festejos, muchachos enardecidos por el júbilo. Un orden perfecto. En esas circunstancias hicimos todas las visitas que nos ordenaba el Baedeker. En aquella ciudad inverosímil, pensábamos, todo era posible, aunque comenzaba ya a parecernos excesiva la excentricidad de los usos y celebraciones locales. Días después, lejos ya de Turquía, al leer *Le Monde* me enteré de que había vivido en medio de un fallido golpe de Estado apoyado por amplios sectores de la población. Decenas de muertos, centenares

de heridos. Los servicios turísticos habían funcionado a la perfección, igual que en *La muerte en Venecia*, donde desde el gerente del gran Hotel hasta los más humildes camareros se empeñaban en exagerar la nota festiva para que los turistas no llegaran a enterarse de que la ciudad estaba siendo presa de la peste. Por lo mismo, aquellos días de peligro, vividos sin saberlo, la ausencia de todo pathos, despojó de cualquier significación a los hechos. Nada de lo que leí más tarde sobre “les émeuts de Stamboul” existió en mí como experiencia.

Durante mi permanencia en Europa desempeñé varios empleos, y durante temporadas logré sobrevivir sin ninguno. Me moví con frecuencia de lado a otro del famoso muro cuya erección marcó mi llegada. El hilo que une esos años, lo supe siempre, fue la literatura. Toda experiencia personal, al fin y al cabo, confluía en ella. Hace poco pasé unos días en Alemania. Fui a Wiesbaden en busca de la casa donde Turgeniev vivió y escribió la mayor parte de su obra. De pronto me topé con una vociferante manifestación de jóvenes nazis, quienes celebraban con feísimo estruendo el aniversario de la reunificación alemana. Al día siguiente y más o menos a la misma hora estaba yo en Milán y me encaminaba a la iglesia de Santa Maria della Croce a contemplar *La última cena*. Al presenciar la inmensa fábrica de aquel noble edificio donde Bramante imbricó en escala monumental grandes volúmenes de líneas rectas con superficies audazmente curvas para lograr un resultado deslumbrante, a duras penas pude contener la emoción. Lo único que se me antojaba era ponerme a aplaudir en presencia de todo el mundo para festejar aquel triunfo de la forma. En pleno estado de gracia me cruzó por la mente la marcha presenciada el día anterior en Wiesbaden. No puedo imaginar un oximoron más rotundo. Se me reveló una vez más, tal vez con mayor intensidad, que frente a la permanencia de efecto de la obra de arte todo lo demás resulta accesorio, tangencial, epidérmico. Cualquier episodio político palidece o se diluye ante el esplendor de una obra de Palladio, de Giorgione, de Bramante o de Mantegna, de la misma manera que ante la obra literaria se descubre lo ramplón, lo intrascendente que resulta el lenguaje de la política, el de los negocios, el de las ceremonias mundanas, ese lenguaje que Galdós definió como “la escuela diaria y constante de la vulgaridad”.

Bernard Berenson, poco después de instalarse en Italia, declaró que el hombre es la perfección del Universo; el espíritu, la perfección del hombre; y el arte, el camino de perfección que lo resume todo.

Pienso ahora en Bajtín, y en los largos años que pasó confinado en una ínfima cabaña perdida en la inmensidad de la tundra siberiana, en donde cumplía una sentencia de destierro. Saber escribir y sumar le permitió ganarse la vida, encargándose de copiar y corregir los documentos administrativos de un koljós. Las condiciones de vida podían ser muy distintas a las de Berenson, quien escribía en uno de los más bellos palacios de los alrededores de Florencia, auxiliado por una biblioteca de cuarenta y cinco mil volúmenes, rodeado de obras y objetos de arte excepcionales y de un círculo de amigos que incluía a

algunas de las personalidades culturales más distinguidas de Europa. Las conclusiones son semejantes: la vida espiritual es la única realidad que en definitiva cuenta. El pensamiento y la realidad artística son las formas que justifican la existencia del hombre. Con una energía propia de titanes logró establecer una red de envíos para que sus amigos y discípulos le allegaran los libros necesarios para sus investigaciones. Libros altamente especializados, difícilmente encontrables, publicados en seis o siete idiomas diferentes. Con ellos pudo concluir una obra erudita y refrescante, me refiero a *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, una obra académica notable y a la vez una refinada defensa de la vida contra cualquier forma de represión e intolerancia. En ese libro esboza Bajtín una idea que varias décadas más tarde retomarían pensadores tan diferentes como la española María Zambrano y el polaco Leszek Kolakowski: ante el sacerdotal discurso monológico del poder el filósofo y el poeta opondrán con suprema eficacia los recursos del bufón. Al gesto acerado y rígido del príncipe se opone el paso vacilante, la mirada atónita, la sonrisa perdida del payaso. Nada irrita tanto al poderoso como la ridiculización de sus palabras, ser convertido no en objeto de culto sino de mofa, entre otras razones porque su lenguaje se sitúa en el filo de la parodia. A Chaplin le bastó hacer unas mínimas alteraciones o intensificar uno que otro gesto para convertir el discurso de Mussolini en la más chusca ejemplarización de lo grotesco. Con el tiempo, las circunstancias que rodearon la vida de Bajtín se recordarán como uno de tantos períodos atroces que la historia se empecina en repetir con obstinada falta de imaginación. Los libros que escribió en esas circunstancias permanecerán, en cambio, como un alto triunfo del espíritu. ¿Y qué hazaña de Napoleón podría compararse en grandeza, en permanencia, con la existencia de *La guerra y la paz*, *Los episodios nacionales*, *La cartuja de Parma* o *Los desastres de la guerra*, obras cuya creación está, paradójicamente, marcada por la existencia de esas hazañas?

Para un escritor, el lenguaje lo es todo. “La palabra fecunda el útero virginal de la imaginación para hacerse carne”, dice Stephen, el artista adolescente de Joyce. Aun la forma, la estructura y todos los componentes de un relato, trama, personajes, tonalidades, gestualidad, revelación o profecía, no son sino producto del lenguaje. Será siempre el lenguaje quien anuncie los caminos a seguir. Decía Robert Graves que la obligación primordial de un escritor consiste en trabajar, sin concederse tregua, en, con y sobre la palabra.

Los instantes de excepción en la literatura se producen cuando el autor, sea cual sea el curso que emprenda al iniciar una obra, logra tocar las corrientes profundas de la lengua para, de ese modo, perder sus propias señas de identidad. E. M. Forster afirma que en el fondo de toda gran creación late un anhelo de anonimato. La escritura se revela genial cuando acierta a encontrar esa corriente oscura que conlleva los vestigios de todo lo enunciado desde el momento en que el idioma nace, es decir en el instante en que el escritor siente que escribe por influjo de un dictado, y la palabra se presenta antes de ser convocada, aun antes

de que el concepto haya sido mentalmente formulado. Si ese momento se produce la vida está salvada. Por eso, las mejores páginas de la literatura poseen algo de auroral y a la vez de inescrutable. Como lectores todos hemos asistido en algún momento a ese encuentro. Deslumbrados, atónitos, emocionados, hemos sido conscientes del milagro que se realiza en ciertas páginas, seguramente ésas en que lenguaje e instinto son ya lo mismo, y la voluntad de razón se mantiene a la zaga de una energía que le es superior, páginas cuya belleza es materialmente imposible explicar en su totalidad. Pienso en este momento en un breve cuento, "El estudiante", de Anton Chéjov.

Para concluir, la lección aprendida en los años de viaje ha consistido en reconocer que el hombre es la perfección del Universo, que la perfección del hombre reside en el espíritu, y que el arte es el camino de perfección que lo resume todo.

Como también a Berenson, a mí me ha preocupado la construcción de "la casa de la vida", es decir, el empeño de entender la relación entre individuo y sociedad, y el deseo de que tal relación se rigiera por los conceptos de virtud y justicia. Hace cuatro años, poco después de mi regreso a México, se derrumbó aquel muro que preludió mi primer desembarco en Europa. Se produjo en el mundo un momento colmado de esperanzas. Parecía que al fin una era de libertad, de plenitud, tolerancia y prosperidad se iniciaba para todos. Al mismo tiempo, una visión reductora asimilaba peligrosamente la idea de democracia a conceptos puramente mercantiles. Los resultados están a la vista: la prensa repite en todas partes las palabras non gratas: crisis, desempleo, recesión, desencanto, inestabilidad.

Volví a un México muy diferente al que había abandonado. Es evidente que existen hoy día señales visibles de una sociedad civil impensable hace treinta años. Pero la imagen que más profundamente ha enraizado en mí es de devastación: una ciudad inhabitable, un paisaje degradado, un cielo inexistente. En Coyoacán, en la Plaza de la Conchita, vi al abrir la puerta de mi casa caer palomas como frutos podridos, envenenadas por los ácidos que emponzoñan el aire. Y en la plaza central del mismo Coyoacán he sido testigo de escenas iguales a otra que presencié hará unos cincuenta años y que yacían en el fondo de mi memoria. Allí estaban las mismas indígenas escuálidas y harapientas que en mi infancia llegaban a las plantaciones de café en la época de la cosecha. Eran las mismas que, arrodilladas al lado de un marido o de una niña, les escarmenaban la cabeza con ademanes furtivos y graciosos. Me parecía volver a oír el chasquido de los piojos al ser aplastados por las uñas de los dedos pulgares. Las indígenas de mi infancia hablaban popolaco o mixe, las de Coyoacán, posiblemente otomí. En vez de cortar café vendían tejidos pobremente ejecutados mientras una legión de hijos pedía limosna en torno suyo. Su presencia es la muestra de ineptitud de un discurso triunfal que ha venido repitiéndose y deteriorándose con los años. Espero que la sociedad que madura borre esos vestigios de un tiempo que ha durado en demasía. Tal vez un día esas visiones

serán recordadas como girones de un pasado innoble. Por lo pronto, del pasado es ya el discurso venal de aquellos que niegan su existencia. Lo que de este tiempo quedará en el futuro como algo sorprendentemente vivo y tonificante será la lengua que ha hecho *Muerte sin fin*, *Pedro Páramo*, *La muerte de Artemio Cruz* y *La estación violenta*.